

Gontrán respiró.

—Padre mío, he perdido mucho...

—¡Chito! ¿No tienes la llave?

El joven se lanzó en brazos de su padre y rompió en sollozos.

—Oye,—dijo el señor Staller;—te amo demasiado para predicarte moral: Pero no olvides esto: hay un grabado de Alberto Durer que representa los pecados capitales. ¿Sabes cuántos hay?

—Siete,—dijo Gontrán, sin saber claramente lo que respondía.

—Pues hay ocho, porque Alberto Durer grabó uno más terrible que todos los demás; y este último es ¡EL JUEGO!

IV

Noche de fiebre, día de fiebre.

Gontrán pidió á su padre, como un favor, que le permitiese acompañarle á la estación.

Se habló de política, de agricultura; ni una palabra más se dijo acerca del juego.

Gontrán era tan feliz, que quiso hablar á Lucía de su dicha.

Pero ¿habría vuelto la joven á su casa?

Mandó al cochero que le llevase á la calle de Helder; aquél era casi su camino.

Miró los balcones, no vió ninguna luz.

—Sin duda bailan y juegan todavía,—se dijo.

Hízose conducir á casa de la Roca Tarpeya.

No había ya sino heridos y moribundos en el campo de batalla. Todos habían hecho sus asientos en las cuentas del juego y del amor.

El joven buscó con los ojos antes de interrogar; no vió á Lucía.

Preguntó.

—Tu linda amiga,—le dijo la Rosemond,—ha huido con un pájaro extranjero. Lo cual es muy natural: tú has perdido, es menester que ella gane.

Tales palabras hicieron en el joven el efecto de una puñalada.

—¡Eso no es verdad!—dijo.—Seguro estoy de que la encontraré en su casa.

Los amantes ocultan las traiciones de sus queridas con la misma solicitud que si les cubrieran la espalda ó el seno.

Volvió á pasar por la calle de Helder. Aun no se veía ninguna luz. Sin embargo, amanecía. Llamó y subió á casa de la comedianta.

Pero en vano. Volvió á bajar furioso y desolado.

—¡Esto es odioso!—dijo.—¡Cuando pienso que aquel ramillete que me ha costado tan caro puede estar ahora en manos de otro!... ¡Cuando pienso que todas mis angustias no han llegado, no diré á su corazón, ni aun á su cerebro!...

Gontrán Staller subió de nuevo á su coche, diciéndose que bastaba ya de juego, y que bastaba ya de amor. Se prometió no dejarse coger ya en el infierno de las cartas y de las mujeres.

El cochero, impaciente ya por haber dado tantas vueltas y revueltas, esperaba á que se le dijese qué camino había de seguir.

—¡Al hotel!—le gritó el joven.

Mas, apenas el caballo había vuelto á tomar su trote

matinal, es decir, el trote largo, Gontrán cambió de idea.

—¡Al Bosque de Bolonia!—ordenó.

Recordó que aquellas damas tenían la costumbre, los días de gran fiesta nocturna, de ir á tomar leche al Prado Catalán, bajo pretexto de ver aparecer la aurora; porque han conservado algo de las costumbres de la edad de oro. Si tanto aman los ramilletes es por amor á la naturaleza; las perlas y los diamantes no representan sino las lágrimas de la mañana sobre las rosas y el césped; no falta más que un Virgilio á estas Bucólicas del siglo diez y nueve.

Pero ¿y si encontraba á su querida en compañía del extranjero? Bueno, pues se la quitaría. Cuando se comete la locura de dar por un ramillete doscientos cincuenta y seis mil francos, se puede muy bien cometer la de batirse en desafío.

Y, para ocultarse á sí mismo la vileza de perseguir á una mujer tan indigna de su corazón, se dijo:

—No es á ella, es mi ramillete lo que yo busco.

El Bosque de Bolonia está desconocido por las mañanas, al salir el sol, los días de invierno; no se oye allí el solo del ruiseñor, ni el dúo de las tórtolas, ni el trío de los mirlos. Romeo enamorado, es un perseguidor que corre tras de Julieta, su hembra, bajo los abetos, los únicos árboles misteriosos durante la estación de las nieves. Aquí y allá, bajas las cortinas de las portezuelas, pasa un coche; no penetremos en la vida privada: tren de placer, pequeña velocidad; es un hombre serio que se cree de vena. Pasa un carruaje perfectamente velado; es una cortesana que ha tenido cena en compañía, y que no quiere acostarse tan temprano. Con ella va un amante semidormido, á quien no conoce; harán conocimiento, y en cuanto se conozcan, cada cual se irá por su lado.

¿Quién vive? Uno que ya á pie, con una cuerda en la mano, y busca un árbol; pero ¿cuántas veces se vuelve sin haber encontrado una rama de su gusto para ahorcarse? Otro va á interrogar al agua del lago: le parece que está demasiado fría. El Bosque es, por la mañana, un sitio muy alegre.

Gontrán Staller le atravesó con la desesperación en el alma.

Se detuvo en la lechería del Prado Catalán; allí se topó á dos amantes sin pareja, que encontraban la leche amarga; habían sido abandonadas hacia el Arco del Triunfo, por dos maridos americanos que, por sus criados, si no por sus mujeres, habían querido retirarse antes del amanecer.

—Por lo que veo, os gusta mucho la leche,—díjolas Gontrán.

—No tal,—replicó una de ellas.—Pero esta noche lo hemos perdido todo, hasta el honor; no nos queda lo suficiente para almorzar en Madrid, y allí no tenemos crédito.

—¿Es que algunas de esas damas han ido á almorzar al hotel de Madrid?

—Sí, la de usted, con la Torre del Peligro y la Treinta y Seis Virtudes.

—¿Solás?

—¡Vaya una pregunta! Cada cual con su hombre.

Gontrán juzgó que era más disimulado entrar en el hotel con dos mujeres que presentarse solo.

—Pues bien,—dijo;—veníos á almorzar á Madrid.

Las dos mujeres echáronse en sus brazos.

Entraron en la fonda armando gran ruido.

En la ventana aparecieron al propio tiempo las cabezas de las tres cómicas.

—¡Gontrán!—gritaron.—¡Cómo! ¡Con mujeres!

Aun cuando Lucía se ocultara inmediatamente, Gontrán pudo ver que tenía el ramillete en la mano.

—¡Subid!—gritó Treinta y Seis Virtudes.—Donde hay sitio para seis, lo hay también para nueve.

—Sí, voy á subir,—dijo entre dientes Gontrán, presa de la cólera y de los celos.

Subió; las dos mujeres le siguieron.

Encontró á la señorita Lucía sentada ante el piano.

—¿Ensayá usted?—le dijo con voz glacial.

—Sí,—contestó ella.—Ya sabes que he de cantar ciertas coplas...

—Pues bien: no hace falta cantar las coplas ésas; va usted á salir de aquí y á venirse conmigo.

—¡De ningún modo! ¡Vaya una alegre manera de despertar!

Gontrán asió á Lucía, la levantó en vilo y trató de llevársela.

Ella gritó.

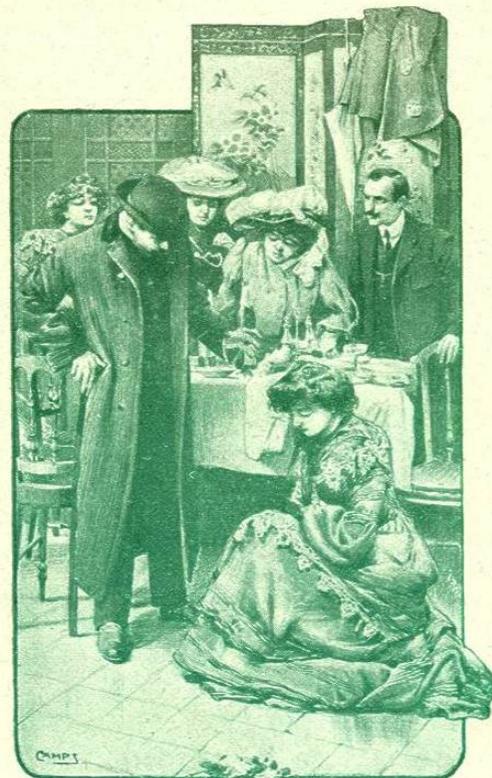
Al oír aquel grito de inocencia, el extranjero que acompañaba á la joven se plantó delante de Gontrán.

—Caballero, le prohibo á usted que toque á esa mujer.

El amante estaba exasperado; cogió el ramillete y golpeó con él en el rostro al extranjero.

Cuando las mujeres tienen hambre, tratan de arreglar todos los asuntos que pueden impedir la celebración del banquete. Así es, que aquél fué un espectáculo conmovedor; todas se lanzaron entre ambos rivales, acariciándoles con las manos, con la voz y con la mirada. Hasta la misma señorita Lucía tuvo una mano para su amante y otra para el extranjero. Pero era ya demasiado tarde.

El extranjero quería vengarse del golpe, Gontrán quería matar á su rival. Como no había allí más que dos



testigos, convínose en que se batirían al día siguiente, en un jardín del Parque de los Príncipes.

—Y ahora ¡a almorzar!—gritó el extranjero.

—¡Adiós!—dijo Gontrán, saludando á todo el mundo.

Se figuraba que su querida le seguiría; pero se limitó á decirle adiós con un airecillo natural.

Reapareció su vileza, dió un paso hacia la joven.

Ésta, que temió una escena sentimental, se echó de beber.

—¡Adiós!—dijo á su vez.

Él se marchó.

Me parece que, si hubiera tenido una cuerda en el bolsillo, habríale parecido que todos los árboles del Bosque de Bolonia eran buenos para ahorcarse.

En estas terribles crisis de la juventud, cuando uno no se mata, llora.

—¡La amaba tanto!...—dijo.

Lo que había de más triste, es que aun la amaba.

V

Del dinero al amor

Aunque Gontrán Staller no pensaba sino en Lucía y en su desafío, tampoco olvidaba su deuda.

De regreso en su casa, antes de hacer algunos ejercicios con el florete, entró en el despacho de su padre con la vaga inquietud de saber si encontraría en dinero contante los doscientos cincuenta y seis mil francos. Sabía que su padre, con frecuencia ausente, no salía nun-